

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Lunes, 14 de Enero de 2008

LA BARCA DE CARONTE.

QUINTO CAPÍTULO. EL VIAJE DE CLARA.

El tren está a punto de salir. Clara acaba de comprar el billete y corre hacia el andén para no perder el tren. Afortunadamente ha conseguido meterse en el último vagón, justo cuando el tren estaba ya andando. Se ha sentado en el último asiento del vagón, ya que los demás estaban ocupados a excepción de los que quedaban al lado de Clara. Ella ha echado la persianilla sobre la ventana, se ha recostado sobre el respaldo reclinable y ha puesto en marcha su mp3. Mientras oye su música favorita nota el continuo vaivén de los raíles. Se ha relajado tanto que ha entrado en un profundo y placentero sueño. Sabe que le quedan dos horas largas de trayecto y las quiere aprovechar para descansar.

En un momento determinado, Clara despierta. Ha notado algo. Mejor dicho, ha dejado de notar el vaivén de los raíles. El tren se ha parado. Piensa que posiblemente se encuentren en una estación. Se tranquiliza y vuelve a ponerse los auriculares para escuchar su mp3. Pero han pasado ya más de cuarenta minutos y el vaivén de los raíles sigue sin oírse. Esto le parece a Clara bastante extraño. Ha levantado la persianilla y ha comprobado que el tren se encuentra en mitad de no sabe donde. Se ve una gran cantidad de abetos y robles. Ha caído la tarde. El sol ya no incide con fuerza en el cristal de la ventanilla.

Cuando se espabila se da cuenta de algo: la gente que va con ella en el vagón no dice nada. Como si todo fuera normal. No hay comentarios sobre por qué se ha parado el tren. Normalmente en estas ocasiones casi siempre se forma un buen guirigay. Clara se levanta de su asiento y comprueba con auténtico terror que, en realidad, no hay nadie en el vagón. Una fuerza que le sale del interior le hace huir hacia el vagón contiguo. Pero allí tampoco hay nadie. Y así hasta llegar a la máquina locomotora. Clara comprueba con espanto que no queda nadie en el tren. Ha caído la noche y no sabe donde se encuentra. Clara coge el teléfono situado junto a los mandos del vagón principal. Pero comprueba que no hay línea. El desconcierto y la extrañeza se unen a un miedo sordo que corta el ambiente. A ambos lados del tren grandes extensiones de robles. No hay indicios de vida por la zona. Corre hacia el último vagón. Allí ha dejado el bolso donde lleva el móvil. Al menos eso creía, porque el móvil no aparece. Ahora comienza a asustarse de verdad.

De repente se oye el politono que tiene en su móvil. El sonido parece provenir del techo del vagón. En la parte delantera del último vagón, justo en una pequeña repisa, aparece su móvil. Pero Clara no puede creer lo que ve. El número que está llamando es el suyo propio. Aun así, y con el corazón a mil por hora, Clara descuelga. ¡Es su voz! Es la propia Clara quien está hablando: “¡Estoy atrapada! ¿Puede oírme alguien? ¡No aguanto más! ¡Voy a morir!”. En la propia llamada se oye de fondo unos golpes secos, contundentes. La llamada concluye con un grito desgarrador. Clara no se ha atrevido a contestarse a sí misma. El miedo le ha descompuesto el cuerpo y vomita sobre el pasillo del vagón. Intenta llamar a alguien pero el móvil ya no funciona. La cosa pinta mal.

Han pasado ya varias horas y Clara parece enloquecer por momentos. Ha roto un cristal de una ventanilla y ha gritado pidiendo socorro como si tuviera alguna esperanza de que alguien le pudiera oír. Pero el silencio la devolvía a la realidad. No había nadie. Y nadie sabía que estaba allí. Y no tenía ningún tipo de comunicación. Estaba sola. No sabía cuanto tiempo llevaba sola. Sobre todo, no sabía qué había sucedido con los pasajeros, con los maquinistas, por qué se había parado el tren precisamente ahí. Por lo menos permanecían encendidas las luces en el interior del vagón, lo cual era algo de agradecer. El silencio era atronador. Clara no paraba de llorar. No sabía qué hacer. Prefirió no moverse del último vagón.

Un enorme golpazo rompió la extraordinaria calma que reinaba hasta entonces. Inmediatamente desapareció la luz que posibilitaba la completa visión dentro del vagón. ¿Qué había sucedido? Posiblemente había un fallo eléctrico, o la batería de la máquina se acabó. La locomotora posiblemente funcionase con combustible. Pero Clara decidió no comprobarlo.

Ahora la oscuridad reinaba por completo. Clara quería dormir, pero era imposible. No podía salir del tren, porque ¿adónde iría? Además, en una de las ocasiones en las que se asomó por la ventanilla que rompió, comprobó que el tren había quedado sobre un puente de más de diez metros altura. Al principio le parecía ver los árboles relativamente cercanos. Pudo comprobar que, realmente, se encontraban más lejos de lo que ella creía.

De pronto, algo empezó a agitar aquél vagón. Era un movimiento brusco de lado a lado que parecía intentar volcar el vagón y despeñarlo. Clara intentó salir como pudo del vagón. Cuando al final lo consiguió, pudo comprobar como el vagón trasero cayó finalmente despeñado desde el puente hacia el abismo. A Clara se le desfiguró el rostro por el terror. Se vio reflejada en uno de los cristales de las ventanillas y se asustó de su propio aspecto. Se había dado un golpe seco sobre su frente y tenía una brecha abierta por la que manaba sangre a buen ritmo.

Quiso buscar un botiquín para intentar curarse esa herida, pero no le dio tiempo. De nuevo, un movimiento aun más brutal si cabe, comenzó a balancear el vagón. Clara volvió a correr todo lo que pudo y pasó al vagón contiguo. Vio como de nuevo se despeñaba otro vagón. Algo estaba intentando matarla tal y como oyó en el móvil, en la llamada que se hizo a sí misma desde no sabe donde. Clara estaba al borde del infarto. Y notaba un leve mareo, que iba creciendo conforme iba perdiendo sangre. Sabía que si no encontraba pronto un botiquín, podía perder la vida.

Un nuevo temblor sacudió el vagón donde estaba Clara. Todo parecía previsto para que Clara terminase mal. A ella apenas le quedaban fuerzas. Pero a duras penas consiguió llegar al último vagón de pasajeros que aún quedaba sobre el puente. Allí, ya se le nublaban los ojos y el mareo era mayor. Estaba a punto de desmayarse. La herida que tenía en la frente manaba sangre descontroladamente y su corazón bombeaba débil pero a buen ritmo la poca que le quedaba en el cuerpo.

Era como una agonía prolongada. A pesar de su estado de semiinconsciencia todavía su mente le permitía ser consciente de que de ahí no iba a salir con vida. Tirándose desde una ventanilla con una caída de varias decenas de metros, no iba a terminar con vida. Y si seguía sucediéndose la caída de vagones, el resultado era el mismo.

Un chillido metálico que subía de abajo-arriba proveniente del puente parecía apiadarse de Clara. El final estaba cerca. El puente se había partido. Ahora, lo que quedaba del tren se empinaba y comenzaba su descenso final. Clara, con sus pocas facultades que todavía mantenía, eso sí, a duras penas, no hizo nada para evitar algo que ella misma era consciente de que no se podía evitar. Mientras el tren enfilaba su último trayecto, el descenso hacia el abismo, Clara todavía tenía fuerzas para pensar lo absurdo de su propia llamada. ¿Por qué o quién o para qué la llamaron a su móvil?

A la mañana siguiente, los bomberos y varios grupos de rescate intentaron buscar a Clara. Apareció aplastada por el vagón donde pasó sus últimas horas. No había ningún superviviente... porque los cadáveres de los demás pasajeros acompañaban al tren despeñado y a Clara.